

en marzo de 1887, aunque ya era poeta conocido y autor de *Abrojos*, se vió obligado a aceptar un puesto de "guarda inspector" de la Aduana de Valparaíso, que le ofreció el Ministro de Hacienda chileno, don Agustín Edwards, propietario del diario *La Época* a la sazón. Cierta que Darío soportó poco tiempo el vergonzante oficio. A fines de junio pidió licencia por enfermo, y ya no se ocupó más, pese a las urgentes llamadas del director de la Aduana, de volver a su efímero cargo. Pero el poeta tenía sus motivos: era feliz con su ocio bohemio de Valparaíso, se hallaba en plena inspiración, escribiendo los poemas y los cuentos de *Azul*, tenía muchos amigos y algún amor que otro, y todo eso era, claro es, incompatible con la burocracia aduanera.

El curioso libro de Silva Castro termina con la salida de Darío de Chile, el 9 de febrero de 1889, en que embarcó en Valparaíso para Nicaragua, su patria. Había permanecido en Chile casi tres años, y en ellos había madurado su talento, y había sido, como casi siempre se es en la vida, feliz y desgraciado. Nos lo recuerda el mismo Rubén en una carta dirigida a uno de sus amigos chilenos, escrita en 1912 desde París —dirigía entonces el poeta la revista *Mundial*—: "En Chile publiqué mi libro *Azul*, es decir, el libro de ilusiones y ensueños que había de conmover a la juventud intelectual de dos continentes. Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia..."—J. L. CANO.

CUATRO NOVELAS DEL PREMIO LOSADA (1)

El jurado del concurso internacional de novelas Editorial Losada 1958 concedió el primer premio a *La iluminada*, del novelista español Cécilio Benítez de Castro, y recomendó otras ocho obras. Entre estas últimas se cuentan *Al pie de la ciudad*, de Manuel Mejía Vallejo, colombiano; *La otra mejilla*, de Mundin Schaffter, y *Los dueños de la tierra*, de David Viñas, ambos argentinos. De estos cuatro títulos voy a hablar en la presente crónica.

El respeto que me merece la Editorial Losada, de Buenos Aires, me obliga una vez más a ser veraz, aunque esta vez mi juicio sea, en general, desfavorable. De las cuatro novelas creo que sólo *Los dueños de la tierra* posee entidad suficiente para la distinción que ha recibido.

(1) *La iluminada*, de Cécilio Benítez de Castro, Ed. Losada, Buenos Aires, 1958, 335 páginas.

Al pie de la ciudad, de Manuel Mejía Vallejo, ídem, íd., 170 páginas.

La otra mejilla, de Mundin Schaffter, ídem, íd., 232 páginas.

Los dueños de la tierra, de David Viñas, ídem, íd., 283 páginas.

No comprendo cuál ha sido el criterio del jurado al premiar *La iluminada*. Es una novela, en primer lugar, mal escrita, es decir, llena de faltas de construcción sintáctica, que revelan, o bien escaso dominio del idioma, o bien una redacción precipitada. En cuanto al contenido, *La iluminada* es un recuelo de novelas revolucionarias, compuesto con propósito totalmente contrario. La acción se sitúa en un país centroamericano, inmediatamente después de una revolución que ha arrebatado el poder a la antigua familia patricia de los Carvajal y ha encarcelado a algunas jerarquías eclesiásticas, entre ellas al obispo, responsable de una Pastoral antirrevolucionaria. Benítez de Castro no cree en la revolución, y cree, en cambio, en las virtudes conservadoras. Si con estos elementos hubiese escrito una hábil novela, podríamos discutir su filosofía, pero no su arte. Desgraciadamente, en *La iluminada* todo aparece desmedrado. Partiendo de un escenario convencional, la narración incide en todos los tópicos de las propagandas antirrevolucionarias. Los personajes se resienten: no son más que peones al servicio de una tesis. Falta la más elemental noción de veracidad. Ciertamente, el autor traza una intriga, que parece pensada en la mesa camilla, e intenta incluso un estudio del "alma" de sus personajes. Pero su vuelo es gallináceo, lo que dice lo hemos leído ya infinidad de veces, y nos ha producido siempre la misma impresión de pobretería. Veamos una descripción: "Mairen era soñadora y suave. Había vuelto locos a muchos hombres que valían cien veces más que Lange. Era también una buena poetisa, de las mejores que tuvo San José, y sus versos eran como ella, una mezcla de misterio y música. Llevaba en los ojos la noche de la selva y el perfume de sus flores exóticas en los cabellos." (Página 49.) No conozco la anterior producción de Benítez de Castro. Acaso *La iluminada* —y yo lo deseo— sea sólo un error en su carrera. En todo caso nos confirma en la idea de que con recetas no se escriben buenas novelas.

Al pie de la ciudad es una obra totalmente diferente. Siento una gran simpatía por el autor, más que por la obra, y creo que el fracaso de ésta se debe a un error de concepto, a haber desarrollado una técnica absolutamente incompatible con el tema tratado. *Al pie de la ciudad* fue primero un cuento poemático, una visión lírica de la vida miserable en un suburbio colombiano. Después el autor lo amplió hasta proporciones de novela, repitiendo una y otra vez el mismo trémolo sentimental. La novela carece por completo de acción, y no está animada por ideología alguna. Es una visión infantil y encariñada de la vida de los que sufren, vida que resulta naturalmente paralizada, ideal, como si cada personaje llevase delante el adjetivo "bueno". Si, en cuanto novelista, Manuel Mejía Vallejo logra superar su visión

pequeño-lírica de las cosas, y se encara reciamente con la realidad, podrá llegar a ser un buen escritor. Hoy por hoy, a pesar de todos los premios y elogios que leo en la solapa del libro, no es más que una promesa pendiente de rectificación. Debo decir, además, que su prosa demuestra familiaridad con el idioma, y esto a pesar de algunas leves faltas muy fáciles de corregir.

La otra mejilla, de Mundin Schaffter, es decir, el actor cinematográfico Carlos Thomson, carece, a mi juicio, de interés novelístico. El autor ha escogido un tema bizarro y lo lleva de la mano por toda la narración, imaginando continuamente las situaciones, sin ninguna lógica interna. Uno se pregunta adónde puede ir la novela por estos derroteros, y adónde irán también los lectores de estas novelas si las consideran obras de creación literaria. El hecho de que *La iluminada* y *La otra mejilla* hayan sido premiadas y publicadas por una editorial de prestigio, convierte el asunto en un problema de sociología literaria. No sé si Mundin Schaffter es, o quiere ser, escritor profesional. En todo caso, su punto de partida demuestra una grave equivocación: no se puede novelar cualquier antojo, sino que es necesario un previo respeto por la novela misma. En definitiva, un acto de humildad.

En cambio, *Los dueños de la tierra*, de David Viñas, posee cuerpo de efectiva novela y honra al jurado que le ha galardonado. Viñas trata del problema social de la Patagonia, en tiempos del presidente Yrigoyen. Tras unos breves preámbulos para mostrar los orígenes de la Patagonia como colonia blanca —la caza del indio, 1892—, la novela enfoca las revueltas de los trabajadores de las estancias, no tanto en sí mismas, sino a través de las reacciones del doctor Vicente Vera, delegado gubernamental, lleno de buena voluntad, pero incapaz en un principio de comprender la verdadera raíz del problema, pues su pasado de atorrante, de señorito bonaerense, no le capacita para otra cosa. Su misión en la Patagonia, con la intervención militar y la agria personalidad de Yuda, la maestra judía, le obligará a pensar por primera vez, le convertirá en un ciudadano argentino, dejando de ser un cliente de París, que sólo se acuerda de su patria porque le proporciona dinero. Hay algo de barojiano en este personaje, aunque, naturalmente, Viñas lo haya sacado de la realidad rioplatense. En cierta manera esta novela es el proceso de la burguesía dorada de Buenos Aires, la élite del dinero y las mujeres. Es también, naturalmente, el proceso de una colonización sin escrúpulos —es curiosa la semejanza que dentro de Argentina ofrece la Patagonia con algunas colonias de potencias europeas—, y de cómo los colonos propietarios se las ingenian para utilizar al ejército, la institución nacional, en su exclusivo beneficio. La narración está llevada con brío y —me interesa desta-

carlo— con extraordinaria valentía. Alguna indecisión puede advertirse, por ejemplo, en el personaje de Yuda, de enorme ambición, pero por ello mismo, a mi entender, no totalmente logrado. El estilo es bueno, pero está afeado aquí y allá por algunas incorrecciones gramaticales. (Aunque sea una minucia me interesa consignar que las expresiones castellanas “así” y “¿ah, sí?” tienen significado absolutamente distinto. Conviene no confundir la ortografía.) No obstante, en conjunto, *Los dueños de la tierra* es una novela de gran vigor, interesante por sí misma, y más si tenemos en cuenta que David Viñas sólo tiene treinta años. Acaso la Argentina tiene en él su futuro gran novelista.—ALBERTO GIL NOVALES.

OTRO BUEN POETA ANDALUZ

El candado (1) es, a pesar de que por su título pudiera parecer otra cosa, un libro de poesía. Sorprende algo este título tan opaco, tan humilde, en un tiempo en que los libros de poesía se titulan de modos muy líricos, muy bonitos, muy largos a veces.

El candado es una evocación de la infancia del poeta. *El candado* es una casa, el nombre de la casa donde vivió el poeta esta niñez. Pero no es sólo eso; en el “Canto final” dice el poeta dirigiéndose a Dios:

*Sólo que digas el ensalmo,
la palabra exacta con que el candado ha de abrirse.
Sólo que digas: ¡Calla! Y del llanto en que nacimos un perenne eco resonará.*

Entendámonos: esta infancia se nos aparece como algo cerrado, como algo clausurado en la vida del poeta, que, sin embargo, nos dice en el mismo “Canto final”:

*Un día volveremos a vernos, a mirarnos atentos, igual que si a todos nos hubiese
tocado en suerte un idéntico instante.*

Entonces, aquella vida antigua, cerrada como bajo candado, toda la vida, se abrirá de nuevo; renacerá para los “muertos definitivamente”, para los “definitivamente vivos”.

Esta dimensión trascendental, insinuada explícitamente en sólo dos poemas (el otro es “Extraño interludio”), es la que confiere al libro su valor más grande. De un modo menos visible, la citada trascendencia late en casi todos los poemas. Así, en el titulado “El amor”:

*Miré por la rendija y allí los vi en la sombra,
con un afán ardiente por mí desconocido,
así como empeñados en no morirse nunca.*

(1) ALFONSO CANALES: *El candado*. Ediciones Caracola. Málaga.